

DON AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

Á HIGIARA

Despertad, y en vuestro aroma
Bañad el ambiente, flores;
Que el alba vertiendo amores
Ya por el Oriente asoma.

Y, á sus mágicos destellos,
Los horizontes perdidos
Ostentan colores bellos
Que enamoran los sentidos.

El arroyuelo sonoro
Corre con ledo murmullo,
De los sauces al arrullo,
De aves mil al libre coro.

Y sus raudales de plata,
Copiando la inmensa altura,
Para súbito, y retrata
De mi dueño la hermosura.

Aura, levántate y ven
Del campo sobre las galas,
Con tus suavísimas alas
Refresca mi ardiente sien.

Y llévale en raudó giro
Á la luz de mis contentos
Mi enamorado suspiro,
Mis amantes pensamientos.

Llévale de mi pasión
Los ayes acongojados,
Que en ellos irán mezclados
Pedazos del corazón.

Del fuego que me devora
Llévale como despojos
Estas lágrimas que ahora
Se deslizan de mis ojos.

Yo me vi ser bien amado,
Vuelta en gloria mi amargura,
En cielo de lumbre pura
Todo un abismo trocado.

Y si matara el placer,
¡Ay, que no viviera, no!
¡Pude tanto merecer?
¡Más alto bien lograr yo?

Esa aurora tan galana
Que por las puertas de Oriente
Se muestra resplandeciente
En su carro de oro y grana;

Que arroja, en blando desvío,
De su mano de azahar
Perlas al bosque sombrío,
Plata al indómito mar;

Que dora la densa bruma
Y envuelve en tintas extrañas
El humo de las cabañas,
De los torrentes la espuma;

Iris de dicha fecundo,
Fué la aurora que reía
Cuando descendiera al mundo
El ángel del alma mía.

¡Higiara! ¡Higiara! de amor
Cifra y de gloria y dulzura,
Astro de mi noche oscura,
Bálsamo de mi dolor;

Mar ajeno de mudanza,
Cielo de mi libertad,
Tú eres mi sola esperanza,
Tú eres mi felicidad.

Si de tu hechicera voz
Perdido escucho el acento,
Por mis venas al momento
Discurre fuego veloz;

Y túrbome al deleitoso
Eco, y mi ser se estremece,
Y en mi labio tembloroso
La palabra desfallece.

Si entre cien bellas, al fin,
Mi corazón te columbra,
Como la flor que deslumbra
En encantado jardín,

En cruda ansiedad deshecho,
Y en zozobra y confusión,
Salirse quiere del pecho
El cautivo corazón.

Aquel extraño sentir,
Aquel afanoso estar,
Aquel amante esperar,
Aquel inquieto vivir;

Mi mano á tu mano asida,
Verte, oírte, contemplarte...
¿Qué dicha iguala en la vida
Á la dicha de adorarte?

¿La gloria?... Efímero nombre,
Don fatal de varia suerte,
Veneno que da la muerte,
Fósforo que engaña al hombre!

¿El humo de la lisonja
De plebe inconstante y vana?
En hiel empapada esponja,
Flor del almendro temprana!

Eres mi gloria mayor,
En tí mis delicias fundo,
No existe nada en el mundo
Para mí de más valor.

Mi constante pensamiento
Es la fe que te ofrecí...
Si te olvidare un momento
Fálteme la vida á mi.

DON SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

(*Marqués de Lema.*)

Fragmentos de la composición titulada

LA LIBERTAD

.
.
Pues bien: yo lucharé; si llega un día
En que venza del déspota el encono,
Si la opresión desde su horrible trono
Alza otra vez su sanguinaria voz;
Si la enseña del libre en polvo cae,
Si los hombres cual viles gradadores,
Combaten otra vez por sus señores...
¡Adiós Europa! ¡Para siempre adiós!
Al mirar silencioso el Océano
Extenderse sin fin en su grandeza,
Huyen los sueños míseros, y empieza
Mi corazón más libre á palpitar:
¡Ay! yo quiero la mar, ó las regiones
Donde siempre sus alas canse el viento;
Que alguna vez mi inmenso pensamiento
Es mayor que la tierra y que la mar.

Más pura que el suspiro de una virgen,
América se extiende allá á lo lejos;
La dora el sol con fúlgidos reflejos;
La cerca el mar con su muralla azul.
Sus rocas como montes se levantan;
Sus montes tocan con su frente al cielo;
Es bálsamo su brisa, y en su suelo
Crece el nopal, se eleva el abedul.
Yo vagaré cuando la tarde muera,
Entre selvas antiguas como el mundo;
Y el grito melancólico, profundo,
Del plátano y del pino escucharé.
Me arrullarán las olas del torrente
Con su solemne, bárbaro mugido;
Y sobre un tronco viejo, carcomido,
Bajo un dosel de estrellas dormiré.
Á la sombra de espesos sicomoros,
Cuando arda el cielo como inmensa fragua,
Navegará mi rápida piragua
Sobre lagos tan grandes como el mar.
Yo escucharé con religioso oído
De esa hermosa natura los acentos,
Y me hablarán las ondas y los vientos,
Como mortal ninguno puede hablar.
¡Oh! si vinieses tú, que triste lloras,
Mujer que adora siempre el alma mía,
Y con tu amor, que el cielo envidiaría,
Vinieses á encantar mi soledad!
Tú quebrantarás opresoras leyes;
Yo abandonara con delicia todo;
Y en sus abismos de miseria y lodo
No nos viera jamás la sociedad.

Y cuando el aura en las dormidas flores
Derramase su aliento y su frescura,
Recorriéramos juntos la llanura
Que tiñera el Oriente en su arrebol;
Ó en la altura de roca solitaria,
Del mar oyeras el mugir sonoro,
Cuando en ondas de púrpura y de oro
Fuese otras tierras á alumbrar el sol.
Yo subiera á la cima de los montes,
Para tejer con flores tu guirnalda;
Ven: que un lecho de rosas y esmeralda
La selva en sus entrañas te dará.
No ceñirás las joyas que te esperan;
Mas á tu paso el álamo sombrío,
Sacudiendo las gotas de rocío,
Tus cabellos de perlas sembrará.
¡Ven! ¡Qué importan los lazos á tu alma?
Esa atmósfera deja corrompida;
En el bosque, en el lago, siempre vida
Tus labios encantados beberán:
Es ilusión... Oirás tal vez mis sueños;
Les prestará tu mente nuevo encanto;
Y lágrimas de duelo y de quebranto
En tus mejillas pálidas caerán.
No vengán las memorias... Libre, solo,
A la luz de otro sol, bajo otro cielo,
Perdido, errante en extranjero suelo
Palpitando de gozo me veré.
Mi pensamiento poblará los campos;
Y cuando inunde la delicia el alma,
Mis ojos llenos de placer y calma,
Al cielo, agradecido, volveré.

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

(*Marqués de Valmar*).

LA ESPERANZA

Es nuestra vida borrascosa lucha
De bien y mal, de gozo y de dolor:
El más feliz en su interior escucha
El eco de un afán devorador.

Sueña el hombre poder, fama, opulencia,
Sueña galas y triunfos la mujer;
Todos llenan y amargan su existencia
Con quimeras de orgullo ó de placer.

Piensan que el falso bien por que hoy sus-
Mañana arrancarán del porvenir; [piran,
Mas vuela el tiempo y pasa, y nunca miran
De ese ansiado mañana el sol lucir.

Y si tal vez la copa de ventura
Prueban, que el blanco fué de su ambición,
Remordimiento ó saciedad impura
Halla sólo en el fondo el corazón.

La realidad nuestro delirio calma;
Sucede luego al júbilo el pesar:

La ilusión que se sueña encanta el alma,
La ilusión que se toca hace llorar...

Y si en la humana esfera nadie alcanza
Las dichas mil tras que perdido va,
¿Cómo no comprender que es la esperanza
El reflejo de un bien que aquí no está?

¡Ay! esa luz que nos alienta y guía
La senda de la vida al recorrer,
De un venturoso, eterno y claro día
No es más que el indeciso amanecer.

¿Y en dónde existe, me diréis ahora,
De la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?...

¿No os sucedió jamás en la mañana
Mirar de un lago en el cristal azul
Pasar risueña nube de oro y grana
Vaga y flotante como leve tul,

Y al ver su forma y sus perfiles rojos
Retratarse del lago en el cristal,
Involuntariamente alzar los ojos
Para admirar el bello original?

Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente
Que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿Queréis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo y la veréis allí.

DON PEDRO DE MADRAZO

LAS TRES HERMANAS DEL CIELO

*«Quit manet in charitate, in Deo
manet, et Deus in eo.»*

Tres hermosas doncellas á mi vista
Tranquilas parecieron:
De rubí, de esmeralda, de amatista
Coronadas vinieron.
De excelso origen somos, me decían;
Vivimos como hermanas:
Muy nobles vestiduras las cubrían,
Púdicas y galanas.
Era en la una del rubí encendido
Hermoso complemento
Un largo y rojo manto, enriquecido
De tornasoles ciento.
La de rica corona de esmeralda,
Del campo en primavera
Llevaba los colores en la falda;
Verde, alegre, ligera.
De la amatista el resplandor divino,
En la tercer doncella,

Igualaba en lo etéreo y zafrino
Una túnica bella.
A la celeste esfera, yo la dije,
Tu aspecto me sublima:
Tu clara luz al centro me dirige
Do la creación se anima.
¿Serás tú por ventura de otro mundo
Que á mi vista se esconde?
¿Será tu imperio el aire, el mar profundo?
Soy la Fe me responde.
Ven conmigo, me dice, con acento
Que el alma me conmueve
Y suena en mí como susurro lento
Cuando en el bosque llueve.
Al ir en pos de su fulgor celeste
La vista en otra clavo:
La esmeralda, la verde y rica veste
Me fascinan al cabo.
¿Quién eres, virgen bella? la pregunto:
De dicha y de bonanza,
Tu semblante risueño es el trasunto.
Soy, dice, la Esperanza.
Sigue mis pasos, añadió; yo fácil
Hago del bien la vía;
Y amé su airoso andar, su talle gracil,
De su voz la armonía.
Y de ella en pos corri la áspera senda
Del yermo y pobre suelo,
Mientras á mi pasión sirvió de venda
De la Esperanza el velo:
Mas de esperar sin fe cansada presto
Sentí mi pobre alma!

En mi senda se alzó ciprés funesto,
No la triunfante palma.
Sin Fe, sin Esperanza, yo mezquino
Caminaba á la muerte,
Cuando á un acento mágico, divino,
Vibró mi ánima inerte.
De aquellas tres hermanas celestiales
La más amante y tierna,
La que asocia á los miseros mortales
Con Dios en gloria eterna;
La Caridad hermosa, á su regazo
Me llamaba risueña:
¡Ay! El placer de su divino abrazo
El mundo... ni lo sueña!
Pero con tanto bien yo estaba triste;
Ingrato me creía!
¡Ah! ¿Qué os hicisteis? exclamé: ¿dó fuiste
Bella Esperanza mía?
¡Ah! Misero de mí, que en vano elijo
El bien que mi alma llena
Si me faltáis vosotras! Y me dijo
La Caridad serena:
¿Por qué ese olvido en rescatar te afanas?
No somos envidiosas:
Si conmigo te vienes, mis hermanas
Te seguirán gozosas.

DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(*Marqués de Molins*).

LA CABALGATA

A la Exma. Sra. Doña Eugenia de Guzmán, condesa de Teba.
En 1845.

En una hermosa floresta,
Donde con sombra perenne
Impenetrables encinas
Cubren la alfombra de cespéd,
Por gozar el aura pura
Y dar tregua á los corceles,
Paso á paso van llegando
Los cortesanos jinetes.
Al insólito bullicio
Dejan el pasto los bueyes,
Y de rama en rama vuela
El pintado martinete.
En vano, Eugenia, procuras
Alcanzar sus giros breves,
Y suelta al corcel la brida,
El aire rápida hiendes;

Que él sigue tus movimientos;
Corres, huye; paras, vuelve;
Ora al cielo se levanta,
Ora á la grama descende.

Del fiero arcabuz se burla
En los copudos almeces,
Y á su dulce compañera
Del crudo peligro advierte.

¡Ah! perdónalos, señora,
Por el amor que se tienen,
Y por salva de alegría
Lanza, lanza el rayo ardiente.

Tiempo vendrá, que empleado
Contra la cobarde liebre,
Los cazadores del bosque
Por su deidad te veneren;

Mas hora no, que cubierta
Con el leonado bonete
La cerviz, envuelto el rostro
En sus lambrequines verdes;

Al cinto la roja banda,
Y puesto al hombro el mosquete,
Audaz guerrero te juzgan
Y tu noble arrojo temen;

Y cuando acaso lascivo
El cefirillo insolente
Quiere libar de tu boca
Los purpurinos claveles,

Y muestra el áureo cabello
Sobre tu rostro de nieve,
Y del velo entre las nubes
Tus dos luceros celestes,

Los pastores y zagalas
En mil preguntas se pierden,
Y cuanto la vista ignora
El cuitado pecho siente.
«Dinos, gentil criatura,
»Que así enamoras y vences,
»Que cuando el sentido encantas
»Llagas el alma, quién eres?
»Cual tú, pintan las leyendas
»A las *hijas de los reyes*,
»Y cual tú, los campeones
»Que en Tierra Santa florecen.
»¡Ó eres más bien linda maga
»Y ocultas bajo los pliegues
»Del manto encantada silla
»Que por los aires te lleve?»
Paras, y leda sonríes,
Y la amiga mano tiendes
A la turba, que admirada
La verdad en fin comprende.
Sólo en el *reino de amor*
Ciña diadema tu frente.
Tus miradas son tus armas:
¿Quién las vió de mejor temple?
Son tus años juveniles
Tus encantados jaeces;
Ni ¿para qué más hechizos
Que no contar diez y nueve?
En tanto por la espesura,
Que vela el sol de Occidente,
Acuden los aldeanos
A saludar á su huésped.

Los festivos muchachuelos
Con listones diferentes
Mil cintas abigarradas
En ligeras danzas tejen;
O ya esgrimiendo los tirsos
En vez de agudos floretes,
Recuerdan confusas zambras
De Zegries y Gomeles,
Mientras al son de atabales
Cantan discretos motetes
Por daros la bienvenida
En sentidos parabienes.
¡Ay! tienen las dulces flautas
Un sonido tierno y flébil,
Que el espíritu recoge
Y el alma toda conmueve.
Son cual la vaga memoria
De nuestra edad inocente,
Melancólica y süave
Entre mundanos placeres.
Compara el fulgor del alba
Y del prado el fresco ambiente
Con la luz de los festines
Y el humo de los banquetes.
Verás como grita el alma
Libre, feliz, elocuente:
¿Quién, oh campo, no te adora?
¿Quién, corte, no te aborrece?
Mas ¿cuál murmullo se mezcla
A los pintados rabeles?
Son de un cercano arroyuelo
Los cristales transparentes.

Quejoso de su destino,
Tan mal su grado descende,
Que en cada flor de su orilla
El tardo paso detiene.

Enamorado del valle,
«¡Feliz, dice, una y mil veces
»Quien nunca deja la sombra
»De los paternos laureles!
»¡Feliz el raudal sonoro
»De la cristalina fuente
»Que en aquella piedra nace
»Y en estas arenas muere!
»Yo, cuitado, no soy libre
»De pararme ó de volverme,
»Que en la creación mi cauce
»Inclinó el Omnipotente.»

Arroyo, ¿quién en el mundo
Es árbitro de su suerte,
Si es el raudal de la vida
Tan inclinada pendiente,
Que sin tregua en los dolores,
Sin descanso en los placeres,
Desde la cuna al sepulcro
Corre, corre, corre siempre,
Sin que nadie le consulte
Lo que mañana sucede,
Hasta que en el ponto inmenso
De la eternidad se pierde!

Así tú del claro Tormes
Te inclinas á la corriente,
Y luego al Duero te arrojas,
Y luego en el mar pereces.

Yo al menos sé que tus linfas
Corren al mar de Occidente.
¿Quién sabe al mar donde corre
Eugenia con paso alegre?

Mas ya el antiguo castillo
Por el ejido aparece
Ostentando entre celajes
Sus calados chapiteles.

En su abierta galería,
Que los pilares sostienen,
Deja su huella el arado
En vez del pesado ariete.

Las profundas anchas casas
Son pastoriles albergues;
Nidos son las aspilleras
De palomas inocentes.

El ferrado alto rastrillo
Se torna humilde pesebre,
Y en la propia sala de armas
El tranquilo hogar se enciende.

Así quien joven un día
Cortés, galán, impaciente,
Fué envidia de sus rivales
Y de sus bellas juguete,

Hoy, del tiempo aleccionado,
Cultiva doradas mieses,
Y de la edad que ha perdido
Avergonzado se duele.

¡Crudo efecto de los años!
¿Quién á tu impulso no cede,
Si su condición trastornas
Aun á las mismas paredes?

Mas ya la pálida luna
Por el firmamento asciende,
Y en los cansados mortales
Su letal influjo vierte.

Tiempo es que paren las danzas,
Tiempo es que los juegos cesen,
Y que á Morfeo brindemos
Con tibia espumosa leche.

A su influjo el lecho blando,
Que la lealtad te previene,
Tú que del pasado ríes,
Bella Eugenia, duerme, duerme.

Que los sueños placenteros
Coronen tus puras *sienes*,
Y un porvenir te descubran
Tan *fausto* como el presente.

Si: que á tu edad, bella niña,
Suspensa el alma, entre muelles
Esperanzas se columpia
Y entre ilusiones se mece.

Así en el bosque nativo
El zagalillo se duerme
Al columpio de las ramas,
Al murmullo de las fuentes.

¡Ay de aquel que desvelado
Por ondas penas alevés,
Sólo fía su reposo
A los brazos de la muerte!

DON JAIME BALMES

EL GENIO

Lozana, vigorosa y atrevida
Alza el vuelo la reina del desierto,
Y á sus plantas el orbe descubierto,
Contempla con desdén

La Peña de los siglos respetada,
De cien ríos tortuosos la corriente,
Y la mar que amenaza al continente
Con fragoso vaivén.

¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos
De alto cielo en la hondura de su arcano
El destello sublime y soberano
De génio creador!

En su mente rebulle un pensamiento,
Y lo ve, lo contempla y se extasia,
Y cual fragua, le da su fantasía
Su luz y su calor.

¡Vedle allá! con los ojos arrobados
Cual traza la carrera del planeta,
Ó sigue los caminos del cometa
Allá en la inmensidad,

Atinando las leyes que á su giro
Del Eterno la mano señalara
Cuando el linde á los mares prefijara
Con alta majestad.

Sentado sobre escombros y ruínas
De un gran pueblo, veréisle que medita,
Y cual mago que sombras resucita
El secreto alcanzó

De su grande pujanza y su caída;
Mira en torno cien pueblos que florecen,
Y otros pueblos que nacen y que crecen,
Y su fin ya previó.

Tal vez habla, y los hombres se sonrien,
Y en su mente revuelve más profundo
Un pensar que le ofrece un nuevo mundo,
Sólo demanda un sí.

¡Admiradle! ¡dó marcha, quién le guía?
En su frente fulgura la esperanza,
Á los mares intrépido se lanza
Y dice ¡vedle allí!

Á su vista desfilan las naciones
Y parecén las bravas oleadas
Por el cierzo cual montes levantadas
Y luego ya no están,

Ó montañas de arena movediza
Que levanta y disipa en un instante
Con mugido bravío y resonante
El horrible huracán.

Si mirando tal vez la turba ciega,
Y entre tantas locuras que divisa
En alguna se fija su sonrisa,
Golpe mortal la hirió;

Que el tiempo con su mano roëdora
De Cervantes el bello desenfado
Y el saber con gracejo sazonado
Nunca jamás borró.

¡Mezquino! tú que pides quien le guía,
Que demandas do fuera su enseñanza,
¿No conoces el brío y la pujanza
Del sublime pensar?

¿No sientes en sus giros atrevidos
Que la senda trillada ya desdeña,
Cual águila ya posa en alta peña
Cuando empieza á volar?

Una mano secreta le conduce
Y le lleva que cumpla un gran destino,
Que en sus sienes con sello peregrino
Grabara el Hacedor;

Que no en vano le diera aquellos rayos
Que ciñen con auréola su frente
Mostrando la grandeza de su mente
Con celeste fulgor.

Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece
Su fulgor y amenaza mal agüero,
Como suele en la noche algún lucero
Siniestro relumbrar;

Su tamaño, su luz y rara forma
Arrebata la vista, mas la mente
Que el estrago horroroso ya presiente
No cesa de temblar.

¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho
La cabeza, los ojos inflamados,
Torva frente, los labios abrasados,
Medita en soledad!...

Y murmura palabras de misterio,
Tal vez lanza al papel un pensamiento,
Preñado cual la ráfaga del viento
Que engendra tempestad.

DON JOSE M.^a QUADRADO

A la muerte de D. Jaime Balmes.

De estéril los pueblos mofaban á España,
Y á Balmes el cielo por hijo le dió:
La luz fué extinguida, cundió la cizaña,
Y el cielo indignado su don recobró.

Un nombre, uno solo de toda una era
La fama en su libro sin fin guardará:
Mil nombres de vivos la tumba aglomera,
Mas vida al de Balmes la tumba dará.

En días sangrientos un joven atleta
Del templo desierto levántase audaz;
Espada es su lengua, su voz de profeta;
Empuñan sus manos olivo de paz.

Los bandos de pronto su furia suspenden,
Los pueblos despiertan, tremola un pendón,
Los sabios admiran, los rudos comprenden,
Los émulos callan... habló la razón.

La antorcha del genio la enciende en el ara,
Sondea la ciencia, vindica la fe;
Los niños, los pueblos, el trono, la tiara,
Instruye, defiende; de todos luz fué.

TOMO II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
21
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Qué larga carrera! ¡qué corta la vida!
¡Cuán pronto el descanso sus ansias premió!
¡Qué heroico holocausto! ¡qué cruel despedida!
¡Qué huellas nos deja! ¡qué espíritu voló!

Rendidle, vosotros, coronas y palmas,
Que al astro admirábais en su resplandor,
Teniendo á su influjo cerradas las almas,
No es aura la gloria, ni el genio una flor.

Seguidle, ó amigos, de amor es la prenda;
Moved sus cenizas, movedlas... quizá
Se exhale una chispa que el pecho os encienda,
Y eterno el obsequio viviente será.

DON JOAQUÍN ROCA Y CORNET

LA ASCENSIÓN

¿Por qué velado de nube cándida
Sube y sorprende los ojos miseros
De los mortales junto á Betania
El Hombre-Dios?

Ah, ved sus huellas: marcado mirase
Sobre la arena su pie pacífico,
Y el aura llena de olor balsámico
Celeste luz.

¿Qué hacéis postrados? ¿qué más atónitos
Pedís al cielo? ¿Qué otros prodigios
La vista alzada, del aire fúlgido
Hora aguardáis?

Voló y cercóle la nube espléndida
De inmortal gloria, y en los alcázares
Del alto empíreo tiene su solio
Que ocupa ya.

Ah! Vos le visteis manso y benéfico
Bienes doquiera derramar pródigo
Y á su voz sola darle su víctima
La muerte atroz.

Y en Galilea y en Tiberiades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles

De inquieto mar;

Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer lánguido,
Y horrorizada su faz flamígera

Cubrir el sol.

Ya redimida la gran progenie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria

El Salvador

De dó, reinando potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espiritu,
Hasta el terrible día de cólera

No bajará.

De la trompeta ya el son horrisono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer ábrense

Del que tronó.

Y guay! sus presas vomitan pávidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras que años sin número,

Dormían ya.

Y de vivientes, cual ondas tímidas
Que se suceden, la tierra inúndase,
Que á torbellinos al val derrámanse

De Josafat.

Y de repente cesa el estrépito,
Reina doquiera silencio lóbrego
Y ¡miserable! yo aguardo trémulo

La voz del juez.

DON TOMAS AGUILÓ

RESIGNACIÓN

¿Por qué del tedio abrumada
Mi alma flaquea y se postra?
¿Por qué no espera y arrostra
De la fortuna el rigor?

¿Será que los males caigan
Sobre el hombre sin medida,
Y tenga aliento la vida,
Y falte al alma vigor?

¿Será que al abrir la mano
Que derrama los enojos,
Cierre el Eterno sus ojos,
Y no los cuente al caer?

¿O que vuelva sus espaldas
Después que al hombre ha herido,
Y ni escuche su gemido,
Ni sus llagas quiera ver?

¿O que en su alcázar del cielo,
Amurallado de nubes,
Y guardado de querubes,
Se ostente sombrío Rey,